

Cuentos de niñas y niños para niños y niñas

Cuentos ganadores del Octavo Concurso Infantil y Juvenil de Cuento





**CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL
DEL DISTRITO FEDERAL**

Consejero presidente: Mario Velázquez Miranda
Consejeras y consejeros electorales: Yuri Gabriel Beltrán Miranda
Carlos González Martínez
Olga González Martínez
Pablo César Lezama Barreda
Dania Paola Ravel Cuevas
Gabriela Williams Salazar
Secretario Ejecutivo Rubén Geraldo Venegas

Representantes de los partidos políticos

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: Juan Dueñas Morales
Suplente: Elsy Lilian Romero Contreras

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: René Muñoz Vázquez
Suplente: Aarón Jiménez Paz

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: Rigoberto Avila Ordóñez
Suplente: José Antonio Alemán García

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario: Ernesto Villarreal Cantú
Suplente: Óscar Francisco Coronado Pastrana

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietaria: Zuly Feria Valencia
Suplente: Yuri Pavón Romero

MOVIMIENTO CIUDADANO

Propietario: Armando de Jesús Levy Aguirre
Suplente: Hugo Mauricio Calderón Arriaga

NUEVA ALIANZA

Propietaria: Herandeny Sánchez Saucedo
Suplente: José Alejandro Pardavé Espinosa

MORENA

Propietario: Froylán Yescas Cedillo

PARTIDO HUMANISTA

Propietaria: Lucerito del Pilar Márquez Franco
Suplente: René Cervera Galán

ENCUENTRO SOCIAL

Propietario: José René Rivas Valladares
Suplente: Humberto Gutiérrez Mejía

Cuentos de niñas y niños para niños y niñas

Cuentos ganadores del Octavo Concurso Infantil y Juvenil de Cuento



COMISIÓN DE EDUCACIÓN CÍVICA Y CAPACITACIÓN

Presidenta

Consejera electoral Mariana Calderón Aramburu

Integrantes

Consejera electoral Martha Laura Almaraz Domínguez

Consejera electoral Noemí Luján Ponce

Representantes de los partidos políticos

Partido Acción Nacional: Juan Dueñas Morales (propietario), Elsy Lilian Romero Contreras (suplente) • Partido Revolucionario Institucional: René Muñoz Vázquez (propietario), Víctor Manuel Camarena Meixueiro (suplente) • Partido de la Revolución Democrática: Rigoberto Ávila Ordoñez (propietario), José Antonio Alemán García (suplente) • Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú (propietario), Óscar Francisco Coronado Pastrana (suplente) • Partido Verde Ecologista de México: Zuly Feria Valencia (propietaria), Yuri Pavó (suplente) • Movimiento Ciudadano: Armando de Jesús Levy Aguirre (propietario), Hugo Mauricio Calderón Arriaga (suplente) • Nueva Alianza: Herandeny Sánchez Saucedo (propietaria), José Alejandro Pardavé Espinosa (suplente) • Morena: Froylán Yescas Cedillo (propietario) • Partido Humanista • Encuentro Social: José René Rivas Valladares (propietario), Humberto Gutiérrez Mejía (suplente)

Publicación aprobada por la Comisión de Educación Cívica y Capacitación en su segunda sesión ordinaria, celebrada el 25 de septiembre de 2014.

Dirección Ejecutiva de Educación Cívica y Capacitación

Raúl Ricardo Zúñiga Silva, director ejecutivo

Coordinación y organización del 8º Concurso Infantil y Juvenil de Cuento: Verónica Tapia Corona, subdirectora de Difusión • Maribel Pérez López, jefa del Departamento de Difusión • Fay Medina Corona, jefe del Departamento de Fomento a la Cultura Democrática • Daniel Torres Álvarez, analista diseñador • Pedro Piedras Hernández, auxiliar de servicios

Coordinación editorial: María Ortega Robles, coordinadora editorial

Diseño y formación: Xavier Aguilar, jefe del Departamento de Diseño y Edición

Ilustración: Natalia Susana Gurovich Pinto

Corrección de estilo: Susana Garaiz, analista correctora de estilo

Autores

Isabel Moreno Perdomo, "La extraña ciudad dividida en dos" • Isis Jimena Muñoz Martínez, "Capitán libertad" • Claudia Yamilet Prieto Solís, "Mi ciudad verde o gris / La amistad de Pedro y el roble"

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D. F.

www.iedf.org.mx

Primera edición, diciembre de 2014

ISBN: 978-607-8369-41-2

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica 978-607-8396-45-0

Índice

Primera categoría

(De 9 a 11 años)

Mi ciudad verde o gris

La amistad de Pedro y el roble 7

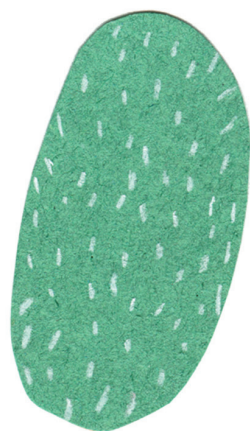
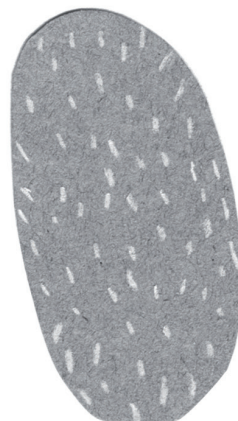
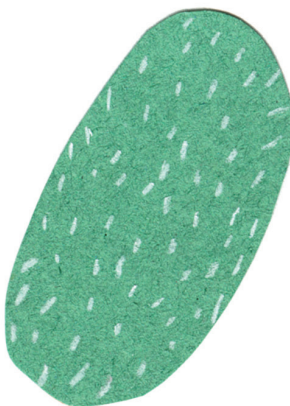
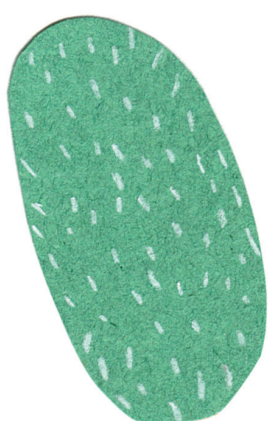
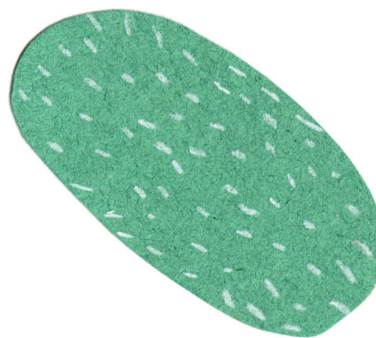
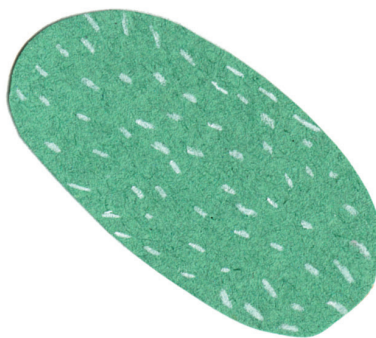
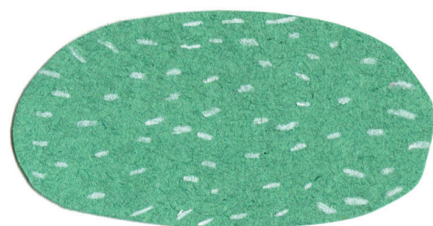
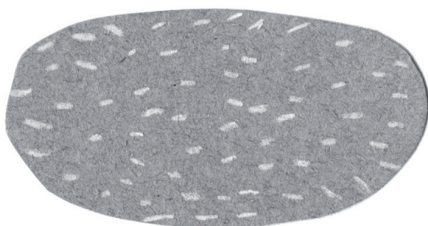
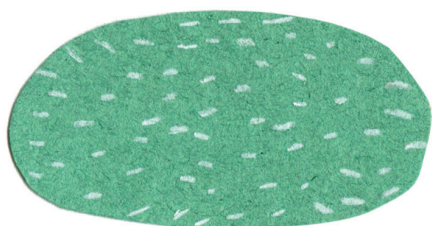
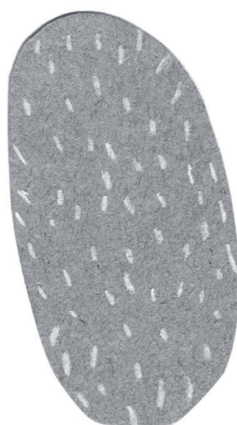
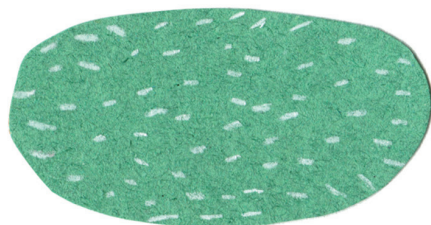
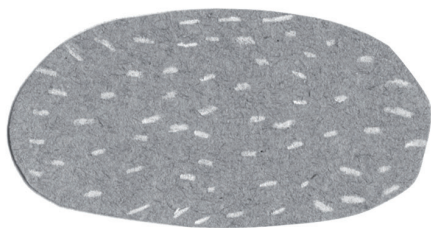
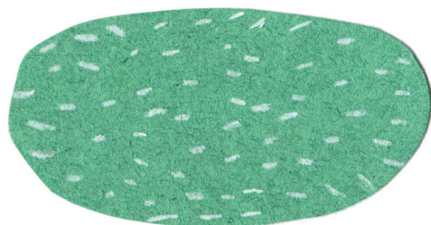
Claudia Yamilet Prieto Solís

La extraña ciudad dividida en dos 17

Claudia Isabel Moreno Perdomo

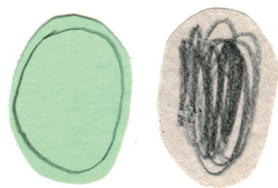
Capitán libertad. 29

Isis Jimena Muñoz Martínez



Mi ciudad verde o gris

La amistad de Pedro y el roble



Claudia Yamilet Prieto Solis
Primera categoría • Primer lugar



Hace mucho tiempo, en un lugar lleno de mucho color, vivía un niño que se llamaba Pedro. Ese lugar estaba lleno de árboles frondosos y verdes, de plantas y flores de muchos colores, había diferentes tipos de animales; todo ese lugar estaba lleno de vida, pero sobre todo estaba lleno de aire puro y limpio.

Pedro era un niño muy inteligente, educado y sobre todo respetuoso con toda la gente que vivía a su alrededor. Él vivía con sus padres, los cuales le enseñaron a cuidar y respetar la naturaleza y le explicaron que todo animal o planta que existía sobre esta tierra era un ser vivo y que por lo tanto sentía al igual que los seres humanos.

Cierto día Pedro iba caminando rumbo a su casa un poco pensativo, cuando de repente alguien le habló. Él volteó, pero no vio a nadie y siguió su camino, pero enseguida volvió a escuchar la misma voz que le hablaba; volvió a voltear y no vio a nadie. Entonces dijo: —¿Quién eres? ¿Por qué te escondes? —ya que él sólo veía a su alrededor puros árboles, plantas y uno que otro animalito.

—Soy yo quien te habla —le dijo un pequeño roble—, yo sé que tú eres un niño que cuida y protege a la naturaleza, de





eso me he dado cuenta porque cuando no llueve tú vienes a regarnos para quitarnos la sed y también he visto cómo a veces alimentas a los animales. Por esta razón decidí hablarte, porque quiero que tú y yo seamos buenos amigos de hoy en adelante.

Y así fue. Todas las tardes cuando Pedro salía de la escuela se iba al lugar donde estaba el pequeño roble para estar un rato bajo su pequeña sombra y así disfrutar de una gran charla.

Hablaban de lo sano que era respirar el aire puro que provenía de todos los árboles, también de lo felices y contentos que vivían los animalitos que ahí habitaban, como por ejemplo, las aves, las ardillas, los peces en esa agua tan clara, y también las personas que aprovechaban la sombra de los árboles para descansar un rato.

Así pasaron muchos años y con esos años muchas cosas cambiaron en aquel lugar, pues ya no era el mismo. Porque con el paso del tiempo aquel lugar se fue habitando cada día más, fueron tirando los árboles para construir más casas, fábricas, centros comerciales, etcétera, hasta formar lo que ahora es esta ciudad.

Ahora ese lugar tan lleno estaba lleno de casas, gente y sobre todo estaba lleno



de contaminación; ya no se respiraba el mismo aire puro y limpio de antes.

Pedro y el roble también tuvieron cambios, el niño ahora era un joven y aquel pequeño árbol era un gran roble. Aunque Pedro ya era un joven, seguía siendo igual de respetuoso y le gustaba la idea de seguir siendo amigo de ese gran roble.

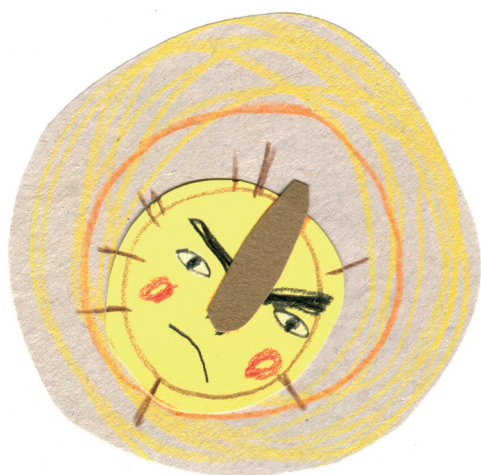
Un día el roble se enfermó; sus hojas estaban tristes y secas, las plantas y flores se marchitaron, los animales se enfermaban y algunos morían por tanta contaminación que había provocado la gente.

Esa tarde, cuando Pedro fue a verlo, le dijo por qué estaba triste. El roble le contestó que porque se sentía muy enfermo por toda la contaminación que había, que ya no podía respirar bien.

Ya que tanto el aire como el suelo estaban muy contaminados por culpa de la gente que ahí vivía y que en lugar de cuidarlos los talaban para utilizar su madera, y que cada día eran menos árboles para poder producir ese aire puro.

Por esa razón los animalitos también se estaban muriendo.

—Tenemos que pensar en algo, amigo—le dijo Pedro al roble—. Tenemos que hacer que la gente de esta ciudad sea cons-



ciente del daño que le están haciendo a la naturaleza. Ya que las personas son las que deben de dar solución a todos estos problemas porque ellos son los causantes de todo esto, por haber tirado los árboles para construir sus casas.

El roble le dijo: —Yo por mi parte hablaré con todos los elementos de la naturaleza para mandarles señales en nombre de nuestro enojo por tanta contaminación. Por ejemplo, que venga un cambio climático, que el calor sea insoportable y que necesiten la sombra de un árbol para refugiarse, que necesiten el agua del río para beber, que los árboles ya no les den frutos, que sus cultivos y flores no produzcan.

—Eso está muy bien, querido amigo. Yo por mi parte haré carteles y folletos, los cuales los repartiré a toda la gente para que los lea y se de cuenta del daño que le están haciendo al medio ambiente.

Y así lo hicieron. Empezaron a escasear los cultivos, las plantas y flores se marchitaban, el calor se hizo insoportable, si bebían agua del río se empezaban a enfermar, los árboles ya no daban frutos.

La gente se empezó a preocupar por todas las cosas que estaban pasando, pero no encontraban explicación alguna, se

preguntaban que cuál sería la razón por la cual todo estaba sucediendo.

Todos estaban desesperados hasta que Pedro empezó a repartir los folletos que había hecho, y comenzó a colocar los carteles en donde le pedía a la gente de la ciudad que cuidara del medio ambiente, que fueran conscientes de que todo lo que estaba pasando era sólo las consecuencias de no haber tenido respeto y cuidado con la naturaleza.

Que si no cuidamos el medio ambiente, es como ir destruyendo nuestra propia casa. Al leer todo esto la gente dijo: —A veces no entendemos cosas que son muy sencillas, como cuidar de la naturaleza; fue necesario sufrir todo esto para darnos cuenta del daño que le estábamos haciendo al medio ambiente con tanta contaminación; debemos poner solución a este problema.

Toda la gente cambió de actitud, se organizaron y decidieron plantar más árboles, entre todos levantaron toda la basura que había tirada, ya no tiraron productos tóxicos en los ríos, cuidaron de los animales y así hicieron muchas cosas por mejorar la ciudad.

Y así fue como la gente se dio cuenta que querían una ciudad verde llena de ár-





boles y de aire puro y no una ciudad gris llena de contaminación y enfermedades.

Pedro y el roble estaban felices por la reacción de la gente, porque todo estaba cambiando; el roble ya no se sentía enfermo, las plantas y las flores retoñaron y se llenaron de mucho color, los árboles daban sus frutos, los animales ya no se enfermaban ni se moría, el agua era clara y limpia y la gente la podía beber sin preocupación y los peces nadaban gustosos.

Fue entonces cuando el gran roble decidió hablar con la gente de la ciudad para agradecerles todo lo que habían hecho por cuidar el medio ambiente; les agradeció el que ya no tiraran basura porque él sabía que ahora la reciclaban, también porque utilizaban menos papel para que ya no se destruyeran más árboles, agradeció también el cuidado hacia los animales; bueno, en general el cuidar y tener respeto por la naturaleza.

La gente se quedó sorprendida al escuchar a ese gran roble ya que no podían creer que aquel gran árbol les estuviera hablando, y comprendieron aún más lo importante que es cuidar de los árboles ya que ellos también tienen vida y sienten igual que los seres humanos.

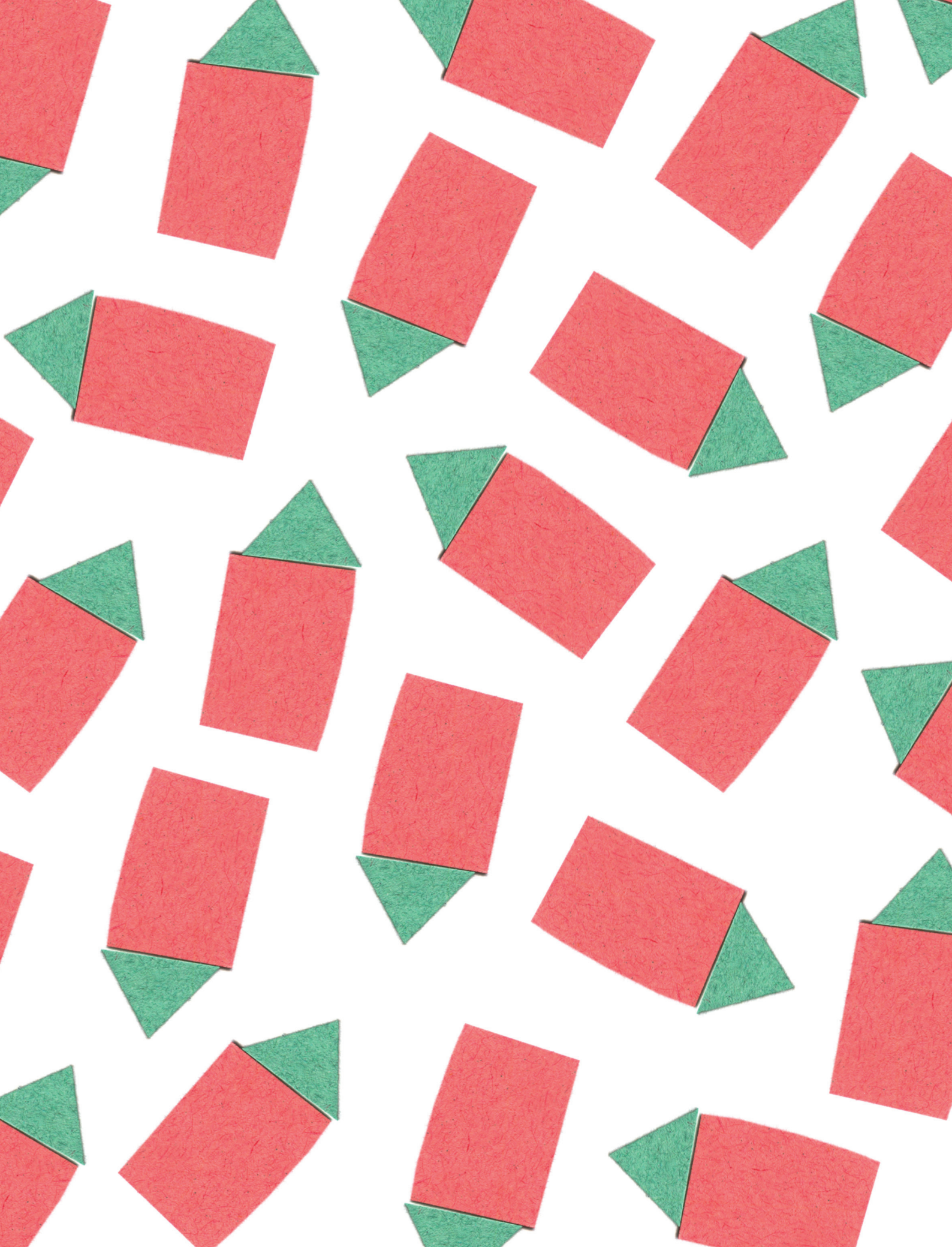


Y así pasó un tiempo más y aquel roble, al lado de su amigo Pedro, veía cómo la gente plantaba más árboles. Unos decían: —Yo planto robles —otros, olmos, arces y toda clase de árboles, álamos, cedros.

Desde entonces las personas inculcaron en sus hijos el cuidado del medio ambiente y ahora los niños les ayudan a cuidar los árboles.

El gran roble, contento con los resultados, le dijo a Pedro: —Un árbol puede hacer muchas cosas: dar sombra, fruta, pero sobre todo dar aire puro a los pulmones de los niños —y le agradeció por su ayuda—. Y mirando los demás árboles dijo: —¡Cuánto oxígeno darán! A toda la gente.





La extraña ciudad dividida en dos



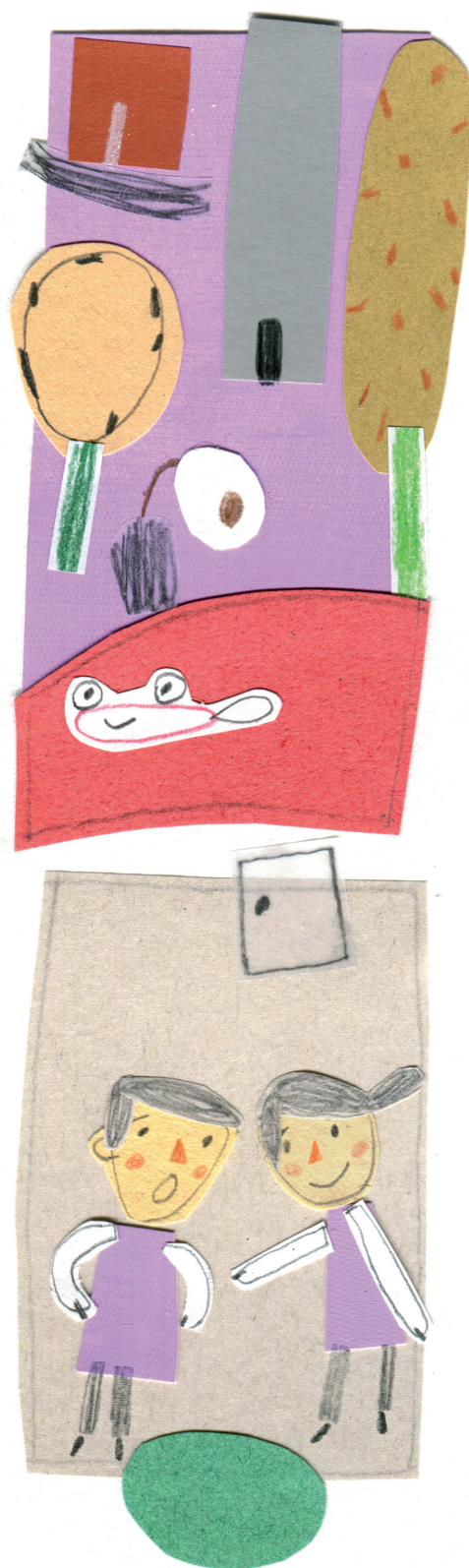
Isabel Moreno Perdomo
Primera categoría • Segundo lugar

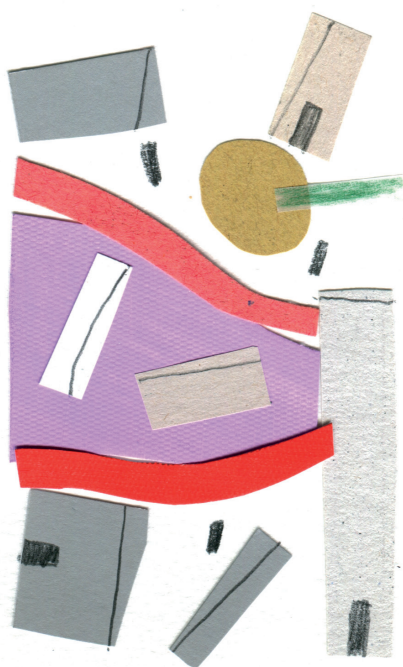


Había una vez en el muy conocido planeta Corn, ubicado en la muy lejana galaxia Bonet: el planeta empezó a decaer ya que sus habitantes no tomaban en cuenta todos los problemas que tenían respecto al medio ambiente. Pensándolo bien ese planeta era muy parecido a la Tierra, tenía praderas, lagos, mares, animales y personas que se parecían mucho a nosotros: tenían dos ojos, una boca, dos piernas, dos brazos, veinte dedos, etc. En lo único que no se parecía el planeta Corn al de nosotros era que su cielo era morado, su agua era roja, su pasto era blanco; bueno, en fin, era todo lo contrario al de nosotros, pero tenía el mismo problema, el planeta estaba decayendo igual que el nuestro.

En el planeta Corn vivía una familia. Como todas las demás, tenía madre, padre e hijos. La familia nunca se imaginó que el planeta en el que vivían estaba a punto de desaparecer.

Esa tarde los dos hermanos, Nina y Amsong, estaban jugando en el refugio subterráneo de su casa cuando escucharon un estruendo tan fuerte como una bomba, sintieron un terremoto tan intenso que podría tirar cualquier monumen-





to o construcción. Cuando por fin sintieron que estaban a salvo salieron para ver lo que pasó. Al salir no pudieron creer lo que estaban viendo, todo su planeta estaba completamente destruido. Al entrar en su casa no encontraron a su familia ni rastro de ella; buscaron por todas partes, pero no encontraron ningún rastro de vida. Sin esperanza hicieron lo más indicado, tomar la nave que los llevaría a un nuevo hogar.

Después de viajar por un largo tiempo llegaron a la galaxia Vía Láctea, donde buscaron un planeta adecuado para vivir; después de ver los planetas se toparon con la Tierra, donde encontraron un extraño país llamado México.

—¿Dónde estamos? —preguntó Nina.

—No lo sé —respondió Amsong—. ¿Te das cuenta de que estos seres son como nosotros? Mira, si no fuera por los colores de los paisajes, ¡sería igual! —dijo asombrado Amsong—. Creo que deberíamos salir, ¿no crees?

Al salir los dos hermanos buscaron un lugar donde pasar la noche y, como no encontraron, se tuvieron que quedar en la nave. Pasaron los días y se dieron cuenta de que el planeta donde estaban pasaba la misma situación que el suyo; se dieron cuenta de que su planeta antes de la gran explosión y el terremoto estaba en la misma situación: lagos contaminados, basura por doquier y aire sucio.

Con la nave viajaron a muchos lugares donde aprendieron nuevas lenguas, nuevas tradiciones y se dieron cuenta de que en ese planeta había cosas muy lindas, aunque también había cosas no tan lindas... por ejem-

plo, se dieron cuenta de que en la Tierra había gente que lastimaba a las demás personas, animales y plantas, sin importarle lo mucho que las dañaría.

Pasaron los años y los hermanos ya se habían acostumbrado a ese planeta. Pensando que ya lo habían recorrido por completo llegaron a una extraña ciudad; tenía solamente dos colores, verde y gris. Por un lado se llegaba a ver personas que iban caminando, utilizaban ropas simples, se veían contentas. Por otro lado se podía ver a gente que iba en automóviles, utilizaban varios aparatos a la vez, parecían estresados; a lo lejos se encontraba un edificio muy grande, pero éste no era gris, más bien parecía negro, completamente negro. Los hermanos confundidos decidieron explorar cada quien una parte de la ciudad. Amsong se iría a la parte verde de la ciudad y Nina a la parte gris.

Cuando Amsong llegó a la parte verde se encontró con una joven; parecía que tenían la misma edad. La joven se acercó a Amsong, vestía con una ropa ligera, como todos los demás, su piel era apiñonada, tenía unos hermosos ojos grises y un cabello de color castaño. —¿No eres de aquí verdad? —preguntó la joven.

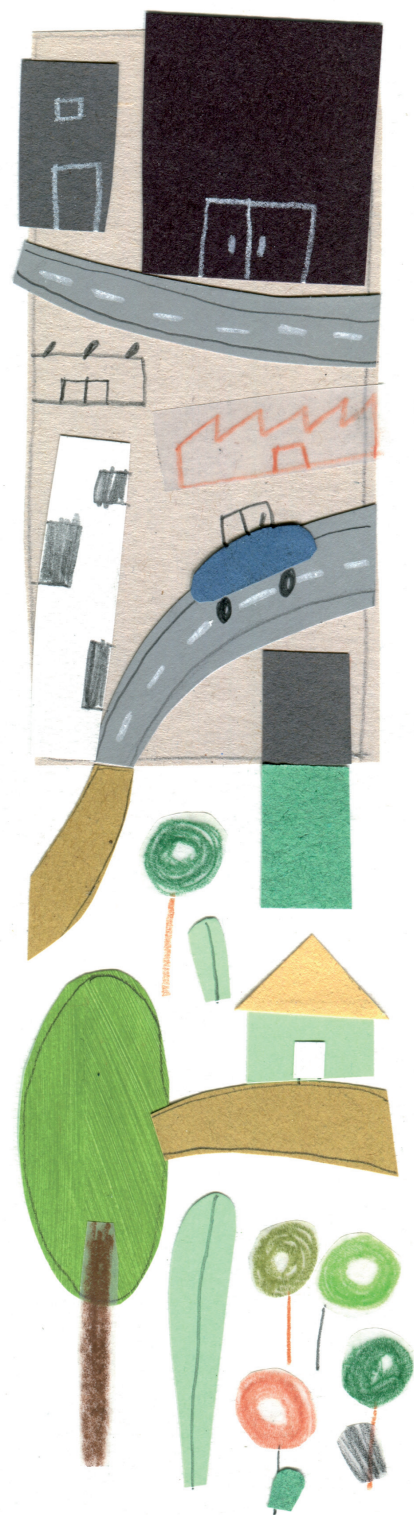
—No —respondió Amsong.

—Pues mucho gusto, soy Denisse. ¿De dónde eres? —dijo la joven.

—Yo, pues... —dijo nervioso— vengo de México.

“Por una parte es verdad; cuando Nina y yo llegamos a la Tierra aterrizamos en México” pensó Amsong.

—¿México? Mm, he escuchado a hablar de él —dijo De-



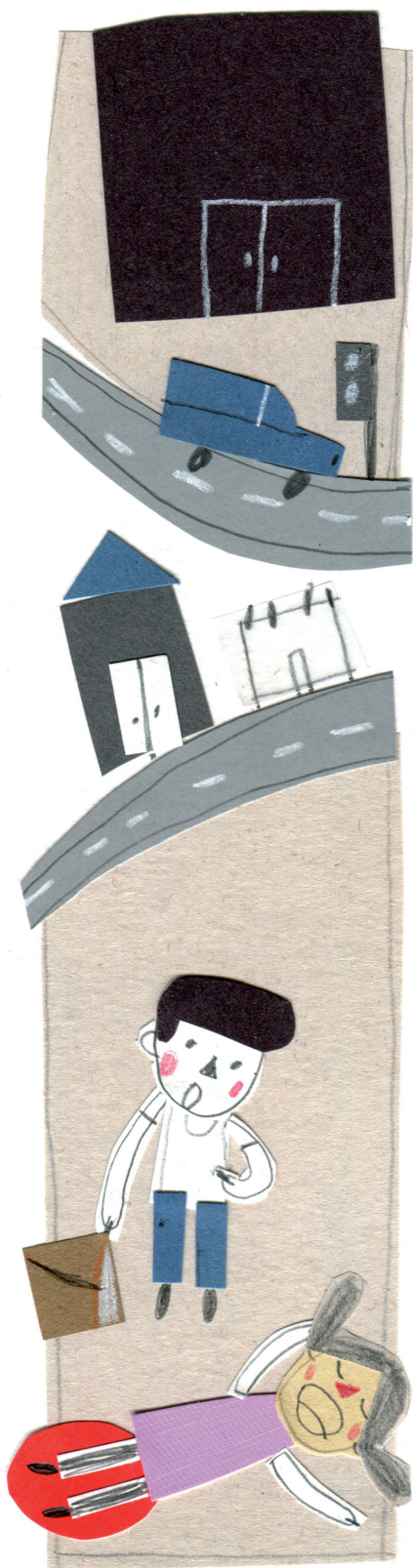


nisse—. Pero de seguro no tiene que ver con esta extraña ciudad. Hace mucho tiempo ésta era una ciudad común y corriente, como todas las demás, después de la Revolución Industrial empezó a contaminarse, la gente que estaba en contra de la sobreexplotación de los recursos naturales protestó contra las industrias y todo aquello que perjudicara la naturaleza, pero también había gente que estaba a favor de ellas. Como no se ponían de acuerdo el gobierno dividió la ciudad en dos, cubriendo por completo la zona industrial y dejando la zona no afectada del otro lado de la ciudad.

—Vaya, no lo sabía, pero gracias, Denisse —dijo Amsong.

Amsong y Denisse decidieron dar un paseo por la ciudad... mejor dicho, la mitad de la ciudad.

Mientras tanto, Nina estaba en el otro lado tratando de averiguar sobre ese extraño edificio negro, cuando de la nada vio que algo había explotado, aunque no se escuchó ningún ruido, simplemente se veía la nube de polvo. —Señorita, ¿me haría el favor de bajarse de ahí, por favor? Está metida en graves problemas, éste es un edificio privado —dijo un policía.



Nina saltó desde la barda y corrió lo más rápido posible. Mientras volteaba a ver si el policía todavía la seguía, chocó con un muchacho que traía consigo una enorme caja llena de vidrios rotos. Al chocar con él, la caja se cayó dejando todos los vidrios en el suelo. Al momento en que Nina chocó con el joven, ella cayó al piso lleno de vidrios, haciendo que se cortara gran parte de los brazos y dos cortadas en las piernas.

El muchacho tenía una piel pálida, su cabello era de color negro, el cual contrastaba con su piel, tenía una playera blanca con unos pantalones de mezclilla. A Nina se le hizo raro que la mayoría de la gente que estaba a su alrededor vestía con ropa muy elaborada o muy estorbosa.

—¿Estás bien? —preguntó el muchacho.

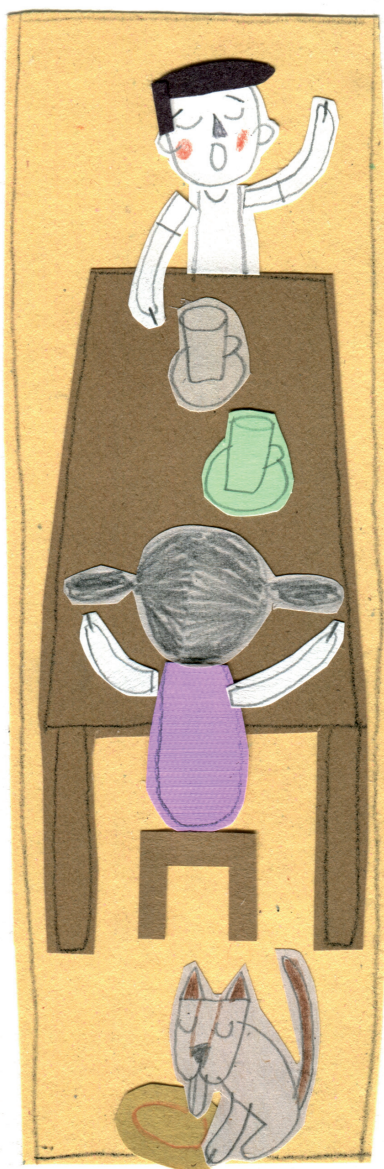
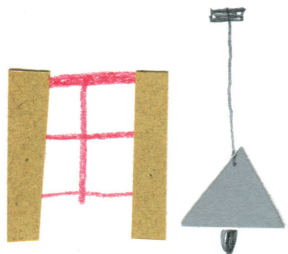
—Sí, disculpa, es que no te vi. Déjame ayudarte —dijo Nina.

—No. Debemos llevarte a un hospital. Esas cortadas son graves. Además estos vidrios son sólo basura.

Después de ir al hospital el muchacho le preguntó a Nina si quería ir a tomar algo, a lo que Nina respondió que sí.

—Y ¿cómo te llamas? —preguntó Nina.

—Pues yo me llamo Víctor. ¿Tú cómo te llamas? —dijo.



—Me llamo Nadia, pero me dicen Nina —respondió—. ¿Sabes qué es el edificio negro, qué es lo que hacen ahí o al menos por qué existe?

—En la escuela nos dijeron que ese edificio controla cada fábrica o automóvil de la ciudad; le dicen casa de carbón por el color negro de sus paredes —dijo Víctor.

Por la noche, cuando Nina ya estaba con Amsong, le dijo acerca de la explosión que vio.

A la mañana siguiente Amsong y Nina fueron junto con Víctor y Denisse a la casa de carbón.

Denisse y Víctor discutían continuamente por la separación de la ciudad. Denisse decía que estaba bien que la ciudad estuviera dividida, así los gases contaminantes no llegarían al otro lado de la ciudad, pero Víctor decía que era una tontería dividir la ciudad en dos, ya que es en vano porque los gases contaminantes siempre terminan llegando a la parte verde de la ciudad.

Cuando llegaron a su destino pidieron hablar con el jefe de la fábrica. —Por el momento no está, pero pueden hablar con el segundo al cargo —dijo uno de los guardias.

Los guardias los llevaron a un enorme cuarto donde se encontraba un señor no mayor de 35 años. Vestía con un traje gris y atendía con una enorme computadora.

—Buenos días —dijo Amsong.

—Pasen, díganme, ¿qué hacen muchachos como ustedes en una fábrica?, ¿que acaso no tienen nada interesante que hacer o simplemente les gusta molestar a las demás personas? —dijo el señor.

—Queremos saber acerca de la casa de carbón —dijo Denisse en tono serio.

—Pues no hay nada que saber, más que lo que ya se les dijo, ésta es una fábrica que controla más fábricas y también a los automóviles —respondió.

—Mire, no viajamos durante dos horas para que nos diga lo que ya sabemos. Lo que queremos saber es por qué el día de ayer hubo una explosión aquí —dijo ya molesto Víctor.

El señor se quedó callado durante unos minutos hasta que por fin habló: —Últimamente ha habido varios accidentes en la fábrica y no sabemos por qué, la mayoría de los rehenes han sufrido graves accidentes o simplemente ya fallecieron, todavía no se ha dicho nada a los habitantes acerca de las fallas.

—¿Y por qué no la cierran? —preguntó Nina.

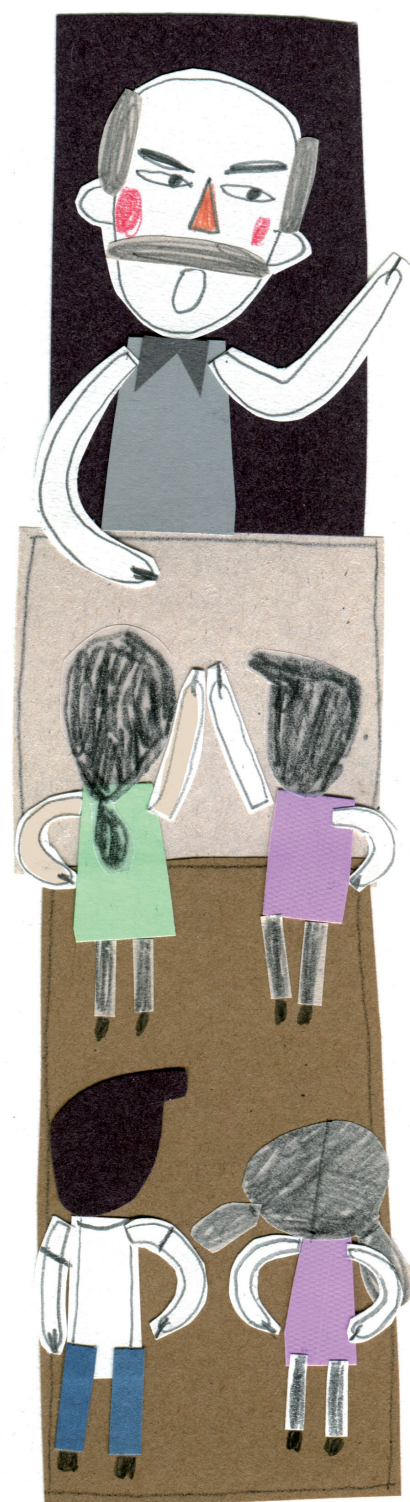
—Porque si la cerramos todas las fábricas, autos y fuentes de energía se apagarían por completo —respondió.

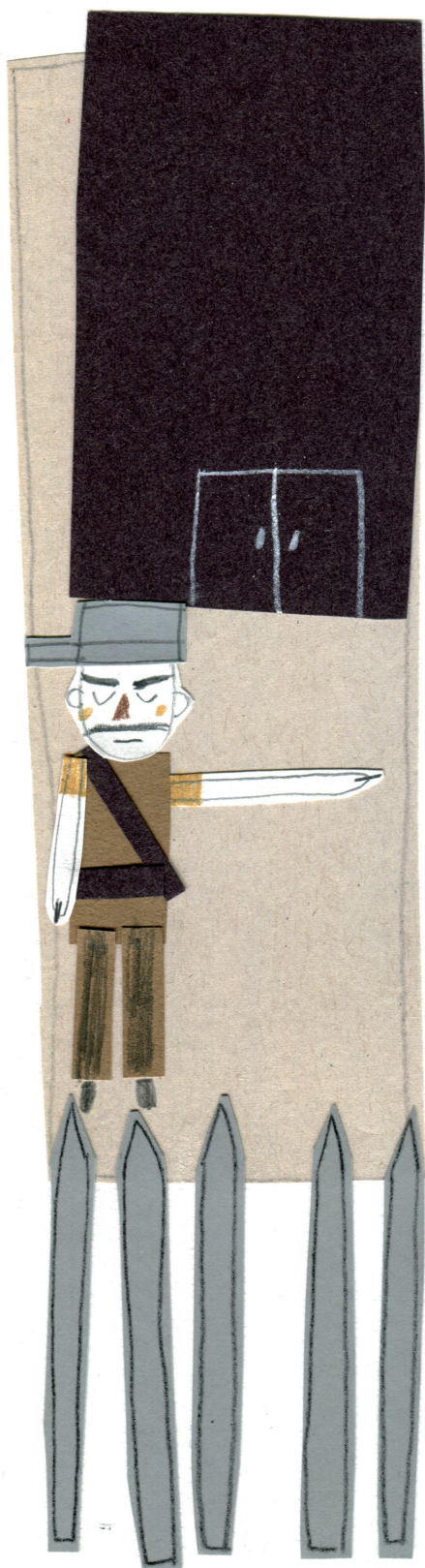
—¿Y por qué no utilizan otra fuente de energía, por ejemplo el sol, el viento o el agua? —dijo Amsong.

—Por el momento no tengo tiempo para seguir hablando de esto, además no tengo que decirles qué es lo que pasa en esta fábrica, ya que es confidencial —le respondió el señor.

Los guardias los sacaron de la oficina llevándolos a la salida, advirtiéndoles que no se volvieran a acercar a la casa de carbón.

Cuando salieron de la fábrica idearon un plan donde por fin acabarían con la casa de carbón. El plan consistía en apagar los sistemas de la fábrica, remplazándolos con





otro tipo de energía, la energía que utilizaba la parte verde de la ciudad.

Pasaron los días y llevaron a cabo el plan. En la noche Amsong y Víctor subieron hasta llegar al techo, abriendo la puerta trasera. Denisse y Nina se dirigieron a la sala de control donde se encontraban las fuentes de energía de toda la parte gris de la ciudad. —¿Estás lista? —le preguntó Denisse a Nina. Ella sólo respondió asintiendo con la cabeza.

Nina se metió por uno de los ductos que llevaban a donde se encontraba una de las fuentes de energía. Cuando la desconectó, Víctor desde el otro cuarto metió la otra fuente de energía en el ducto. Nina logró desconectar las seis fuentes de energía, pero en la séptima se quedó atorada. Una de las fuentes de energía se había atorado con su pie; si no lograba salir rápido, Víctor metería la última fuente de energía haciendo que las siete comenzaran a funcionar, lo cual la podría matar. Empezó a gritar por ayuda, pero era algo inútil, Víctor estaba en el otro cuarto, no podía escucharla, y Denisse había salido para vigilar si no venía alguien. En su desesperación gritó el nombre de su hermano; recordó que de niños ellos dos eran inseparables;

cuando uno estaba mal, el otro lo sentía. Sin esperanza alguna Nina cerró los ojos y recordó su hogar, recordó esos tiempos con su familia en el planeta, recordó ese día que llegó a la Tierra. Pero no pudo terminar de recordar porque sintió que algo la jalaba hacia fuera. Reconocía esa mano, era la mano de Víctor, mientras del otro lado una joven desatoraba el pie de Nina.

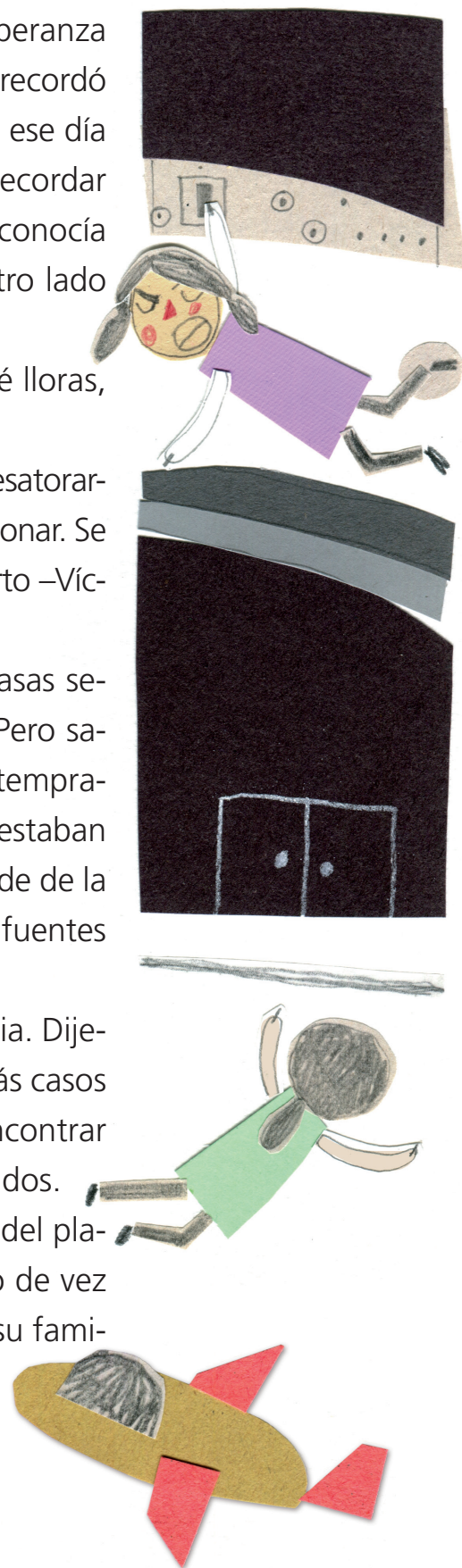
Cuando Nina salió empezó sollozar. —¿Por qué lloras, qué acaso te hice daño? —le preguntó Víctor.

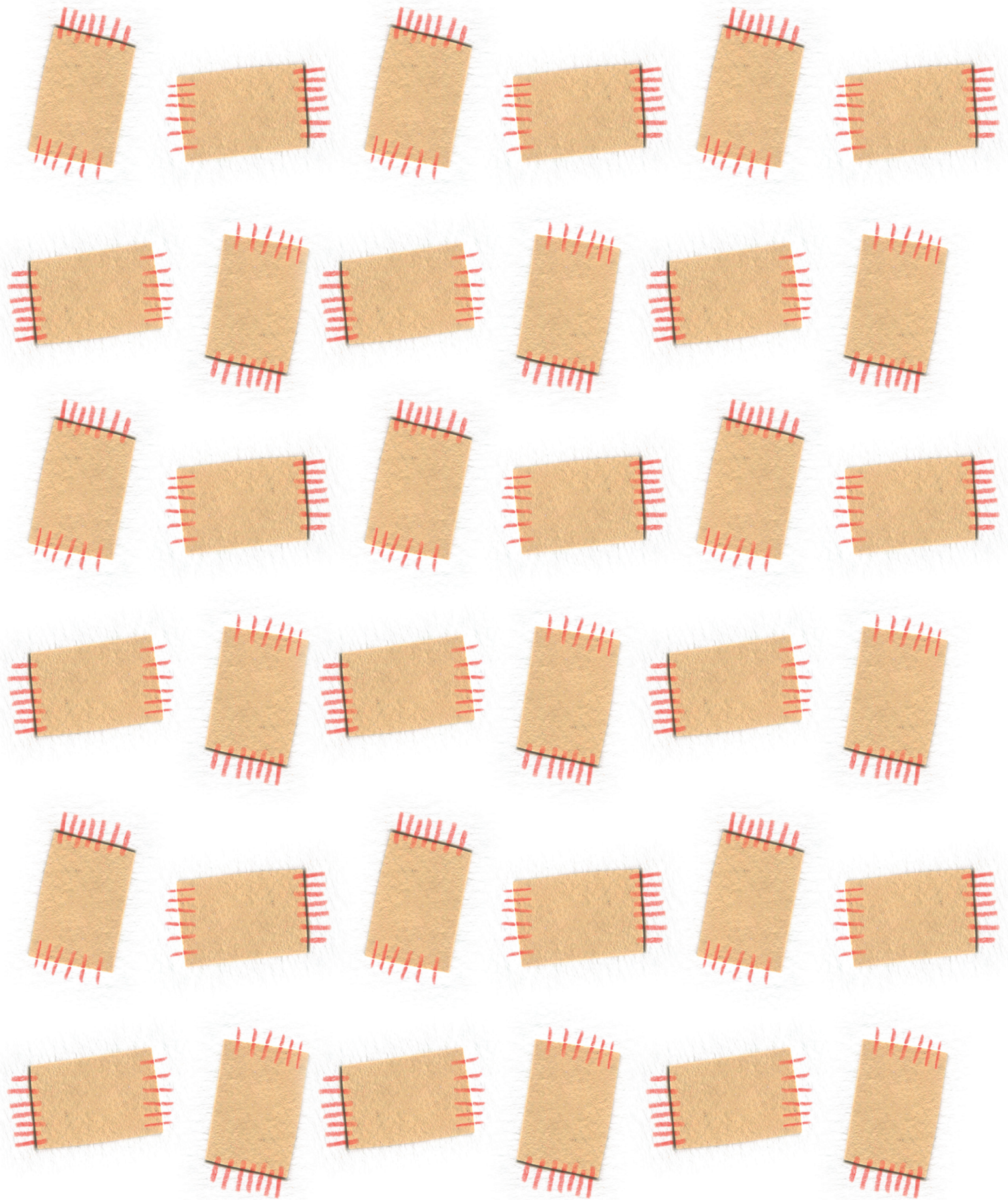
—Es que, mientras alguien estaba tratando de desatorarme el pie, las fuentes de energía comenzaron a funcionar. Se ha quedado ahí por mi culpa, por mi culpa ha muerto —Víctor la abrazó hasta que por fin Nina dejó de llorar.

Al salir de la casa de carbón vieron cómo las casas seguían funcionando al igual que los automóviles. Pero sabían bien que deberían salir de la ciudad. Tarde o temprano se darían cuenta de que las fuentes de energía estaban funcionando con el tipo de energía de la parte verde de la ciudad y descubrirían el cadáver de la chica en las fuentes de energía.

Decidieron irse de la ciudad por seguridad propia. Dijeron que sería mejor recorrer el mundo y buscar más casos como estos, pero sabían bien que nunca iban a encontrar un caso como el de la extraña ciudad dividida en dos.

Nina y Amsong prefirieron no contarles acerca del planeta de donde provenían a Víctor y Denisse. Pero de vez en cuando van a su antiguo planeta a recordar a su familia y aquel día en el que llegaron a la Tierra.





Capitán Libertad



Isis Jimena Muñoz Martínez
Primera categoría • Tercer lugar



Todo comenzó una tarde en el parque del barrio donde vivo.

Estábamos mis amigos y yo jugando basquetbol en la cancha, jugábamos un partido de niños contra niñas. En el equipo de los niños estábamos Víctor, quien era alto y delgado; Arturo, que era más alto y más delgado aún que Víctor; Rodolfo, él era medio llenito; Rafael, que era más bajo y muy inteligente, y yo. Yo me llamo Carlos, soy fuerte o robusto, como sea, soy de estatura mediana y me encanta correr. Y en el equipo de las niñas estaban Diana, que era la más llenita; Alejandra, que era muy delgadita; Daphne, que era enorme; Laura, quien parecía bailar al jugar, y Rebeca. Ella se parecía a la mujer maravilla, siempre jugaba con sus *shorts* y se veía muy linda. Era un partido informal, pero nuestro amigo Ricardo, quien había padecido poliomielitis y estaba en silla de ruedas, nos ayudaba a ir contando los puntos anotados y nos marcaba las faltas.

Estábamos empatados a 11 puntos por equipo cuando de pronto un estruendo nos puso un gran susto y empezó a llover. Tuvimos que dejar de jugar, corrimos a guarecernos en un techo que estaba encima de las gradas, puestas ahí para cuando





iban nuestros padres a vernos jugar. Empujamos la silla de ruedas de Ricardo con fuerza para que no se mojara y se fuera a enfermar, pero eso fue imposible porque la lluvia era fuerte y el aire la llevaba hasta donde nosotros estábamos. Empapados esperamos a que pasara la lluvia, con la intención de volver al juego para desempatar y que un equipo se llevara el triunfo de esa tarde.

Cuando al fin cesó la lluvia la cancha estaba inundada y, aunque todos querían continuar, unos decían que había que seguir, otros opinaban que se podrían resbalar y mejor querían irse a casa a secarse. Entonces Ricardo dijo: —Yo ya me quiero ir, pero creo que deberían votar y el mayor número de votos decidirá si seguir o parar.

Todos estuvieron de acuerdo y Víctor dijo: —Que levanten la mano los que quieran seguir jugando—. Rodolfo, Carlos y Rafael levantaron la mano y pronto Daphne se unió a ellos. Contaron los votos y fueron cinco, así que cuando dijeron: —¿Quiénes se quieren ir?—, al contar los votos también fueron cinco. Víctor rió a carcajadas y dijo: —De nuevo empatados, así que debemos seguir el partido—. Pero Rebeca pronto dio un buen argumento, les hizo



notar que Ricardo no había votado y, aunque no estaba como jugador, él también contaba pues era parte del grupo y su función era muy importante: contaba los puntos y marcaba las faltas. Así que se dirigió a Ricardo y le dijo: —Tú tienes la última palabra y ya habías dicho que te querías ir, ¿verdad?

Todos voltearon de inmediato a ver a Ricardo. Unos lo miraban fijamente para que votara según el gusto de cada quien, otros le suplicaban con señas, y él se sintió indeciso, los quería a todos y no deseaba quedar mal con nadie. Así que les dijo que él no iba a votar porque no era parte de ningún equipo, y nadie lo pudo convencer de lo contrario.

En esa discusión estaban cuando llegaron varios papás y mamás de los chicos para ver cómo se encontraban y los llevaron a casa. También llegó Ana, la mamá de Ricardo. Tapó su cabeza con una toalla y lo empujó con cariño por la calle hacia su casa.

La casa de Ricardo y Ana era sencilla, pero estaba muy limpia y arreglada, en la entrada tenía una rampa de madera para subir y bajar con la silla de ruedas, la puerta era amplia para que Ricardo pudiera salir sin ayuda, y dentro de la casa se res-

piraba un aire de cuidado y cariño. Ana era una buena mamá, pero su vida no había sido fácil, trabajaba mucho para que Ricardo tuviera todos los cuidados necesarios y fuese a la escuela porque ella sabía que él era muy listo, pero casi siempre llegaba muy cansada y no alcanzaba a revisar las tareas ni tenía mucho tiempo para platicar con Ricardo.

Ricardo se sentía solo y diferente a los demás. Le hubiese encantado poder correr tras el balón de básquet y saltar como lo hacían sus amigos, encestar y ganar un juego. Siempre estaba soñando con eso.

A veces alguno de los chicos lo invitaba a su casa a ver un partido de basquetbol y Arturo le había regalado un póster gigante de Michael Jordan, que ocupaba gran parte de una pared de la recámara de Ricardo. Admiraba mucho a Jordan y soñaba con ser de raza afroamericana y volar para encestar, pero luego se ponía triste, observaba sus piernas y no entendía por qué le había sucedido esto a él. Simplemente no lo podía entender, y aunque Ana le decía que Dios lo había hecho así por una razón, Ricardo aún no entendía cuál era la razón de que Dios le impidiera jugar basquetbol y a la vez hubiese puesto en su corazón ese enorme deseo de correr y saltar. Era como una broma, pero una broma cruel.

Sí era cierto que se divertía mucho con sus amigos y le encantaba verlos jugar, había estudiado las reglas del juego hasta aprenderlas de memoria, había fabricado un tablero de cartón donde iba mostrando los puntos de cada equipo y agradecía que ellos lo trataran igual, sin burlar-

se como hacían otros chicos y chicas de la escuela o como otros que incluso habían llegado a tirarlo de su silla, pero nada era comparable con la sensación que imaginaba se sentía meter la bola de básquet en la canasta y marcar un punto de tres.

Con estos pensamientos en su mente Ricardo se quedó dormido, soñando con ser el nuevo Michael Jordan, volar y encestar, marcar puntos para su equipo y llevarlos al triunfo.

El despertador sonó a las 6:00 en punto de la mañana, Ana le dijo a Ricardo que ya estaba listo el baño y: —Ahora subiré a ayudarte, te dejaré el desayuno en la mesa y tu *lunch* a un lado, no olvides llevar la tarea. Arturo pasará por ti a las 7:30, no lo hagas esperar.

Arturo era un buen chico y apreciaba a Ricardo, admiraba su dedicación en la escuela y le gustaba ayudarlo a llegar casi todos los días. Ese día llegó a las 7:00 en lugar de a las 7:30, como siempre lo hacía. Tocó a la puerta y Ricardo le dijo asombrado: —No es la hora aún o se me ha hecho tarde—. Arturo sonrió y le dijo: —Hoy no iremos a la escuela, nos iremos de pinta—. Ricardo sintió un escalofrío. No acostumbraba ir a ninguna parte sin Ana, y menos





contarle una mentira y no ir a la escuela. No sabía qué hacer y sólo alcanzó a decir: —No, pero...

—No hay pero que valga —le contestó Arturo—. Mi papá nos llevará en el coche a un lugar muy especial a ver un partido de basquetbol—. Eso entusiasmo a Ricardo y dejó el miedo de lado, se puso su gorra y hasta el *lunch* olvidó, dejó la mochila en una silla y ambos salieron por la rampa rumbo a la casa de Arturo.

Al llegar Román, el papá de Arturo, saludó a Ricardo y le preguntó por su mamá y si ella estaba de acuerdo en que hoy no fuese a la escuela para acompañarlos. A lo lejos Arturo le hizo una seña a Ricardo para que dijera que sí, y él no atinó a decir nada, así que desayunaron en casa de Arturo y salieron rumbo a ver ese tan especial partido.

Viajaron casi 45 minutos en el auto y Ricardo iba entre temeroso y emocionado. Charlaron por el camino de la liga de basquetbol de Estados Unidos y el viaje se hizo más llevadero.

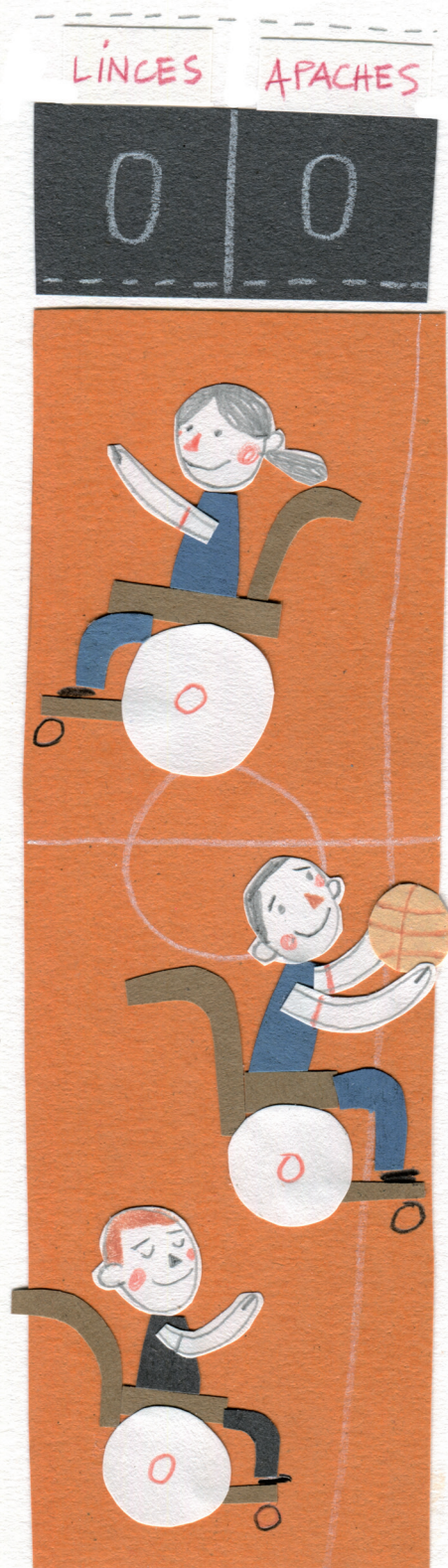
Al llegar al deportivo Ricardo se llevó una tremenda sorpresa: el lugar se llamaba "Michael Jordan" y había una figura enorme del jugador. Ya para entonces ha-

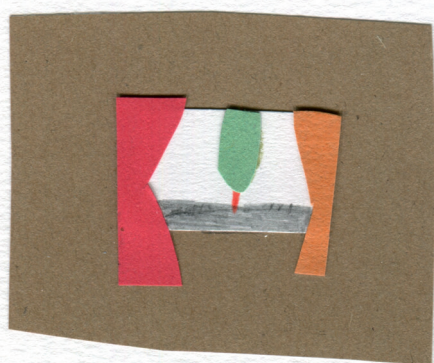
bía olvidado todo el temor y los nervios. Román le explicó a Ricardo que ese era un sitio muy especial, lo acababan de construir y los jugadores eran extraordinarios, personas muy especiales.

La gente empezó a llegar para ver el partido y en menos de media hora estaban ya llenas todas las gradas. El papá de Arturo acomodó a Ricardo en uno de los sitios especialmente diseñados para las personas con silla de ruedas.

Con todo el volumen en el micrófono el anunciador nombró a los jugadores y a los dos equipos: los Lince y los Apaches se enfrentarían ese día por el campeonato de básquetbol para ir a las olimpiadas especiales.

Ricardo se quedó boquiabierto al ver salir a los Lince, cinco chicos un poco mayores que él, todos en silla de ruedas. Claro, eran muy especiales, deportivas, esas sillas, y se movían y encestaban en el tiempo de calentamiento como cualquier profesional. Dos minutos más tarde aparecieron los Apaches con atuendos sumamente vistosos, haciendo ruidos de guerra como verdaderos apaches y tirando desde la línea de tres puntos al aro y encestando casi todos sus tiros.





Ricardo creyó que se le saldría el corazón del pecho, él también podría en una silla de esas jugar, encestar, ganar puntos para su equipo y sentir que podía volar. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, eran de felicidad. Observó el partido tan emocionado que ni siquiera contó los puntos y al final ni siquiera notó qué equipo ganó el partido, sólo se imaginaba ahí en la cancha haciendo su sueño realidad.

De regreso a su casa le confesaron al papá de Arturo que no le habían avisado a la mamá de Ricardo, y no la querían preocupar cuando regresara del trabajo y viera la mochila y el *lunch* sin tocar. Román les dijo que no se preocuparan, regresarían antes de que Ana saliera del trabajo. Pasaron a comprar unas hamburguesas para llevar, con papitas y refrescos, ése era un día muy especial.

Se quedaron en casa de Ricardo a comer para esperar a Ana y contarle la verdad y, a pesar del regaño que sabía que le darían, Ricardo estaba feliz. Ahora podría jugar.

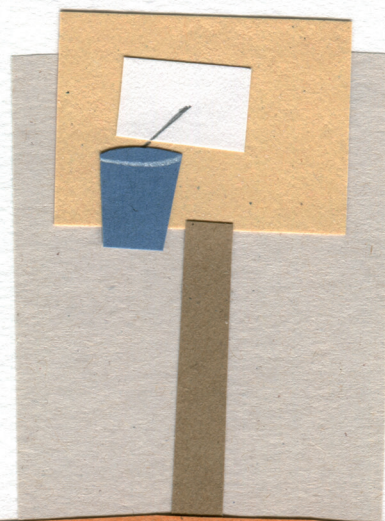
Al llegar Ana se sorprendió al ver a Román en su casa y preguntó si había pasado algo malo, pero Román se disculpó por llevarse a Ricardo al partido y le contaron lo sucedido. Ana no se enojó, ni siquiera se había preocu-

pado porque no sabía lo que pasó. Abrazó a su hijo y le dijo con amor que la perdonara porque no sabía de sus sueños de volar y sentirse libre de esa silla de ruedas. Ricardo le dijo que no importaba; ahora sabía que se podía, y él lo iba a lograr.

Ricardo se acercó a Arturo y lo abrazó, le dijo: —Gracias, eres un amigo genial.

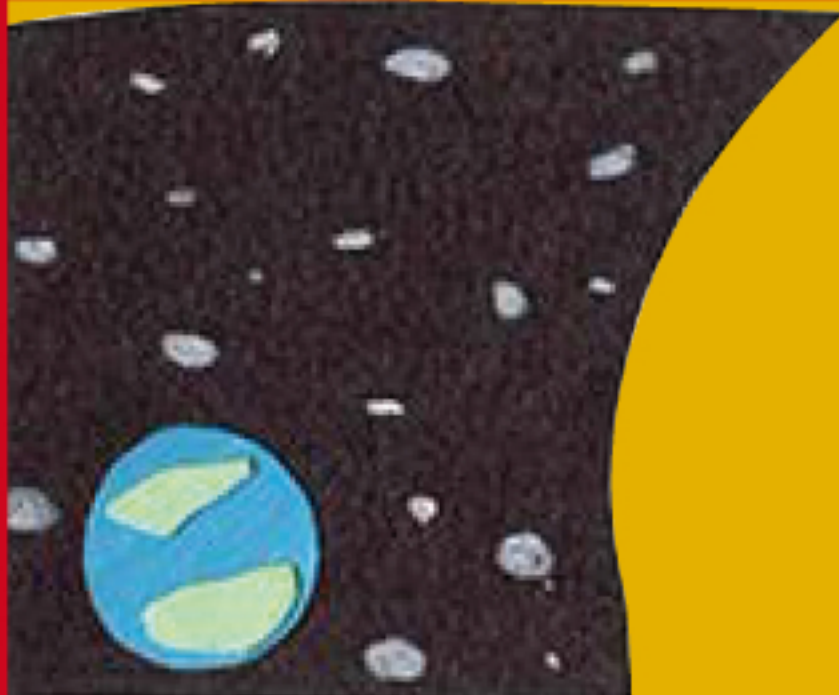
Arturo le dijo: —Es que yo me sentí muy mal el día que llovió y tú no quisiste votar porque no eras jugador de ningún equipo y mi papá siempre me dice que “el que no participa no se divierte”, y yo quiero que te diviertas también.

Pronto Ricardo empezó a practicar y a participar en un equipo de baloncesto oficial en silla de ruedas, su entusiasmo lo llevó a ser el capitán del equipo y él quiso que lo llamaran el Capitán Libertad, y así su sueño se hizo realidad.



Cuentos de niñas y niños para niños y niñas / Cuentos ganadores del Octavo Concurso Infantil y Juvenil de Cuento se terminó de imprimir el 31 de diciembre de 2014 en los talleres de Corporación Mexicana de Impresión, S. A. de C. V., General Victoriano Zepeda 22, col. Observatorio, c. p. 11860, México, D. F. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Susana Garaiz, analista correctora de estilo. El tiro consta de 1 000 ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché brillante de 250 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Beer Money y Frutiger LT Std.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral del Distrito Federal desde el 8 de abril de 2015.



Instituto Electoral del Distrito Federal